

Objetos perdidos

Escribe: GABRIEL CARVAJAL

Desaparecía todo lo que desaparece. Se perdía todo lo que se pierde. Y casi no alcanzaba a percibirlo. Como siempre.

Sin ir más lejos, los diarios no podían pasar por alto esas nubes, como las noticias, esfumadas de la atmósfera terrestre en menos que canta un gallo. Antes de hacerse humo y, luego, nada, nada. Las suaves alfombras de Esmirna con sus años, los jarrones, las chispeantes máquinas, las orquídeas, los muros flamantes y descarados, las extrañas siluetas, las asimétricas estructuras portuarias adonde antes solía llegar el mar con la misma hipnótica persistencia de los días y las noches a los cuartos y las áreas libres. Alcobas llenas de vida, calles por las que hemos transitado, luces de amable artificio o discordantes reuniones, gente, fiestas, colegios, todo se desvanecía como exorcisado por un sólido olvido imbatible. Todo desaparecía: mareas, constelaciones, cazadores entre la niebla o el ramaje, cardúmenes, ferias de diversión, dominicales aglomeraciones bajo sombrillas de color y negras en torno a una imagen de yeso... El libro entre las manos de un maestro, el altar donde se estaba celebrando misa, todos los renglones de joyas y pequeños cofres de un escaparate, las frutas diversas... Lo que es cuadrado o esférico o sin forma fija, las familias y divisiones de todo orden, la hierba y las semillas bajo la nieve, los monumentos, los huesos todavía rojos... Todo se iba simplemente y no volvía, y ello apenas si era obra de una inocente maquinación infantil.

—Mira, mira... Ya lo conseguí.

Ella lo miró distraída. Ya no se asombraba de nada. Casi a todas horas se quedaba encerrado en su cuarto, trabajando como él mismo decía, lo que resultaba risible en niño de tan corta edad.

—Ya lo tengo.

“Ese muchachito es un genio, hay que dejarlo hacer lo que quiera”, se oyó a sí misma repetir una vez más, mientras él insistía imperativo:

—¡Mira! Mira, pues... ¡Mamá!...

Dejó la tibia labor de punto en el brazo del sillón y lo miró con dulzura —era tan frágil y no había que contrariarlo— se acercó y miró al interior: el cuarto estaba lleno de finos alambres, cubitos de cristal, luces que se encendían y apagaban y una fina cinta de gasa que parecía envolverlo todo. Debía simular sorpresa, pensaba; simular, aunque fuera su propio hijo, creía ella que era parte otra vez del juego acostumbrado:

—¡Huy...! ¡Qué lindo, hijito, qué lindo...!

—No —dijo él, disgustado por esa obvia exageración en que siempre incurría la gente grande— No. No es eso. Es esto...

Y le enseñó algo que tenía en la mano. Era un pequeño timbre de bronce.

—Oh, qué lindo... ¡Un timbre! ¡Oh, qué niño! Verdaderamente un genio —repitió por milésima vez abrazándolo—. Se zafó él como pudo y retirándose unos pasos, algo molesto:

—No, mamá, se equivoca usted —subrayó con frialdad—: Es un desaparecedor. Un desaparecedor, ¿se da cuenta? Con esto puedo hacer desaparecer lo que quiera. También a usted —recalcó.

Por primera vez la buena señora tenía esa rara sensación que puede ser un presentimiento. Se había quedado muda mirándolo. Y seguramente lo que él vio en su cara fue algo muy feo porque, antes que ella atinara a decir nada, él ya había oprimido el botón.

Satisfecho, sonreía. Había resultado. Experimentó un giro de alma muy propio de los espíritus científicos. No de orgullo, pues sabía que no era el primero: muchos se le habían adelantado en disfrutar de la maravillosa invención, aunque de otra manera, es cierto. Además, la mayoría, sin ninguna lógica, había hecho desaparecer todo de una vez. No habían reflexionado. Y eso era lo que lo preocupaba ahora. Y mientras estaba meditando, pasó otra vez inadvertidamente ante sus ojos la imagen de ese ruidoso perro —fiel guardián, decían sus dueños— que cada día le saltaba de improviso a la reja cuando él pasaba de diligencia por la acera, y, casi por descuido pero con deleite indudable...cric...otra vez apretó el botón.

“Puesto que lo he obtenido, trataré de hacer algo para ayudar a las personas mayores”, concluyó seriamente. Y casi al instante empezó a apreciarse en la tierra un notable trastorno: no quedaban más armamentos. Nada. Entre las tropas. los aviones, trasatlánticos, universidades y canoas más humildes; en las salas de cine, la jungla, los juzgados y centros políticos, en las cavernas y night-clubs, en todo punto de los hemisferios, de los primeros a los últimos pisos, empezaba a apreciarse el cuadro de una franca histeria irrefrenable; y cómo no: no tenían de pronto con qué defenderse... Desde los cohetes de fanfarria hasta los modestísimos pedruzcos, desde la artillería más pesada hasta los casi inofensivos usleros y cacerolas. No habían quedado ni los guantes de box. Los esgrimistas en sus pulcros salones y sin más pertrecho que las rejas de cubrefaz, sufrieron grotescas contradicciones; y no es necesario decir que otro tanto ocurrió a algunos grandes contingentes de Africa y Suramérica que estaban resol-

viendo el futuro de sus respectivos países. Habían huído las armas, se habían hecho humo, eso era todo. Muchos decentes ciudadanos empezaban a sentirse más livianos; muchas espaldas brillantes estaban de pronto desnudas del carcaj y la flecha, y se habían ahuecado del todo las lanzas entre las manos, los venablos, cachiporras, arpones. Los militares, como de costumbre perfectamente rapados, cepillados y brillosos aunque no del todo bien olientes, habían empezado de súbito a lucir una expresión general de acentuada y transparente cretinidad. Como ya queda dicho, muchísimos habían quedado impedidos para seguir disparando y produciendo pavorosas explosiones entre los peces. El buen orden tambaleaba. También había fieles perplejos: las sutiles hostias todas habían sido repentinamente tragadas por el aire. Los más primitivos corrieron a treparse a los árboles y guarecerse en los troncos huecos y cuevas disponibles. Y aquellos otros, los que ya casi a punto de cumplir su tenebroso propósito iban adelantándose sigilosos y seguros, de pronto habían tenido que salir de estampida sin entender bien por qué: los que ya se habían aproximado, los que iban en ascensor o subiendo por una escalerilla de cuerda, los que ya habían leído el guarismo en los diales del radar.

No podía en verdad decirse que fuera un éxito. Y así también lo entendía él. Estaba defraudado. No era bastante. "Habría que suprimir las manos, las quijadas", pensó con un escalofrío. Pero no: sería demasiado cruel y tal vez tampoco muy efectivo. "...Tienen garras, extremidades... Qué hacer...", y en ese momento se daba cuenta de que él también era así; que ya lo había sido y muy pronto crecería y tendría que empezar también a rasguñar, gruñir o simplemente mostrar los dientes y tal vez hacer desaparecer seres, cosas, días... Por fin una idea le procuró cierto alivio:

—Algunos pensamientos — se dijo—: Eso. Ciertos pensamientos.

Y entonces hasta las latitudes y rincones más sombríos y lúgubres del planeta, en los sitios más inhóspites, en todas partes solo empezaron a verse rostros y máscaras que sonreían.

—Verdaderamente la humanidad es hermosa —suspiró un filósofo— si se la observa en su justo instante —agregó muy serio y, después de pensar eso, sin saber por qué, se puso también definitivamente a sonreír.

—¡Acerté! —pensó el muchachito. Y estaba radiante—: ¡Era eso! Sí... —reflexionó luego, nuevamente entristeciéndose: —Era eso.

Igual que en las tribus amazónicas, australianas, africanas o lacandonas menos desarrolladas, algo ocurría en Wall Street; en ciertos yates y grandes casonas cuyos habitaciones numerosas pasaban vacías, aunque en perfecto orden, la mayor parte de los días y las noches. Algo había ocurrido en los escaparates de lujo y ciertas clínicas, en los joyeros, las cajas fuertes y las bodegas subterráneas; o, más bien, algo empezaba a ocurrir y eso, fuera lo que fuese, confería a todos un elegante aspecto de pulcritud y dignidad. De pronto todos parecían altruistas. Esos objetos que escondidos tenían ciertamente un valor inapreciable o muy alto, ahora a ras de suelo empezaban a ser apreciados por todos de una manera especial. Sí, indudablemente ahora sí iba bien. Sin embargo, todavía le

parecía que sobraba algo: se escuchaban estridencias, motores desvencijados, aullidos de ambulancias y sirenas de bomberos, bisagras que rechinaban, chirridos de caucho sobre los pavimentos... “¡Claro, eso!”, y... cric... la vida empezó a transcurrir como sobre pistas de hielo: ruidos ya no había, solo el rumor de los hojas, los arroyos, las lluvias, los pájaros, eso que siempre se oye de lejos y no hace pensar en el silencio, una amable voz —cuando llegaban a gritar ahora dejaban de oírse— una canción, solo una melodía o un susurro anhelante. Ahora sí él estaba de verdad contento, ahora las rameras, los traficantes, los médicos, los embaucadores, los telefonistas, eran felices; los ingenieros, los zapadores, los inversionistas, las enfermeras, eran por fin felices... Y el rostro del niño, que habían estado ocultando, empezaba ahora a asomarse en todas las caras del mundo. Aparentemente no había ya nada más que hacer. Caía la tarde sobre el parque allá donde se carbonizan los diamantes y se vuelven musgo, marfil, gestos que brillan en la transparencia, lentos rituales de humedad y campos áridos, cuarzo, arena, brisa entre los plantíos y el rostro de los labradores. Amanecía siempre allá en el fin del mundo y Sirio, que es poco visible, seguía brillando igual que los otros astros.

El sintió la tentación:

“Todos, menos el sol y la luna”, se dijo. “¡Eso!”, y nadie los vio apagarse lentamente, uno tras otro, hasta allá donde estaba el último, apagado por siempre para quienes no pudieran verlo. No eran necesarios, es verdad, y sí muy tentadores. En el día no se notaba ningún cambio. Tampoco en la noche, que solo daba la sensación de estar algo cubierta y a muchos casi les hizo desear que muy pronto se limpiara.

—Esta oscuridad contigo, amor, quisiera prolongarla —dijo alguien.

La luna, solitaria, resplandecía en el cielo despejado. Se inquietaron los astrónomos en sus mundos ausentes. Ella había adquirido una soledad realmente fascinante.

El estaba complacido. El instrumento era eficaz; esto ya se había comprobado. A su juicio ya no había nada más que componer. Entre otras cosas, todas las memorias habían también desaparecido y los seres olvidadizos solo disponían de un determinado estilo de alma. El estaba complacido, también algo fatigado pues grande había sido el esfuerzo para él, un niño tan pequeño. Y así fue como se quedó un momento abstraído y, olvidándose de todo lo que había hecho, sin darse cuenta empezó a presionar el botón: cric...cric... Ya no se oía. Además, él estaba distraído Y empezó a desaparecer todo. El espejo en que se estaba mirando una adorable criatura, el salto de un gato, la cola de un elefante, los muñecos de trapo, las rejas de las cárceles y las jaulas, las hojas de los libros y los árboles, la toga de los jueces y los sapos... Ranas, conejos, águilas, tíos, policías, lombrices, diputados, nietecitos, calles de planicie y de montañas, autobuses, hipódromos, palmatorias, bailarines, músicos, establos, panderetas, todo. Todas las cosas iban siendo tragadas por un enorme hocico invisible. Todo, sin orden ni sistema y de modo que ni siquiera alcanzaba a atemorizar. Si una conciencia empezara a morir de a poco tal vez iría viendo desaparecer una a una las cosas del mundo, tal vez habría una agonía suficiente... Así se iban los cóndores sobre la nieve y las plazas con

migas y palomas y hogueras que consumían llanos y edificios. Los frutales, las selvas, miríadas de increíbles hormigueros y animales sonrientes... Los tiernos militares... Saquitos de mazapán en dirección a sus casas, las impávidas y fulgorosas pinturas pendientes en los muros, los trigales, el viento... Todo se alejaba o disolvía hundiéndose en las profundidades. El mar con sus barcas... Los peces, los ríos. Las montañas, el hielo, despeñándose por los espacios. Primero el sol, después la luna. Y un momento después ya había desaparecido todo. Solo quedaba esa superficie brillante que hay debajo de todas las cosas y entonces pudo verse nada más que un niño solo sobre un inmenso globo de aluminio que rodaba en la oscuridad.

Despertó de su distracción. No tuvo miedo. Su frentecita seria se contrajo. "Bueno", se dijo, "seguramente todo lo que desaparece ha de encontrarse en otra parte. Yo desapareceré también", y oprimió el botón. Pero eso no ocurrió. En cambio vio llegar un navío que venía de lejos y de él descendieron precipitadamente unos personajes muy parecidos entre sí, que eran cuatro y se le abalanzaron chillando.

—Véndeme ese aparatito... Véndeme ese aparatito —farfullaban. Pero él notó que se miraban de reojo y con animosidad; además, actuaban con esa lamentable exageración propia de las personas mayores que él ya había observado, y resolvió no dejarse embaucar. Volvió a oprimir. Mas no desaparecieron. Llegó en cambio un señor muy grande, enteramente calvo y de aspecto antiquísimo y que tenía en la mano un timbre igual al suyo. "¡Jesucristo, Mahoma —los increpó— Budha, Lao-Tsé! ¿Van a seguir peleándose, niñitos?" Y, sin más trámite entonces, poniéndoselos sobre las rodillas y ante los ojos atónitos de él, les propinó una dura y sonora nalgadita.

"¿Por qué los castiga?", gritó él, aterrado. Y luego, muy triste: —Por qué los castiga...

Y presionó el botón: estaba otra vez solo. No lloraré —se ordenó. Y se le ocurrió una idea. "Quizá ahora..." Pero aunque presionó una y otra vez, no ocurría nada. Nada volvía. Nada volvía. Ni un árbol o una abeja. Nada. No aparecían los parques y los niños en los campos de labranza y en las calles. Entonces en el vasto espacio despejado de estrellas empezó a oírse una voz muy débil, que se alejaba hasta no perderse nunca. Era una voz débil y temblorosa que decía, como si alguien estuviera acercándose a su lado: Mamá...

Mamá...

Los árboles, las nubes, los ríos. Los pequeños disgustos, los regaños, los animales del aire y el mar, todos esos objetos extraviados y hermosos...

Mamá...

Las estrellas, las breves horas del año. Las tardes grises, las lluvias...

Mamá... Mamá...

Pero no hubo eco. Y ya nunca volvió a aparecer nada más.

Hasta el día siguiente.